

MARIO Vargas Llosa tiene 27 años. En 1962 con *La ciudad y los perros** ganó por unanimidad el Premio Biblioteca Breve, el más importante de la narrativa en nuestro idioma. José María Castellet, miembro del jurado, declaró: "Es la mejor novela de lengua española desde *Don Segundo Sombra*". Hace algunas semanas el libro llegó a México precedido por el entusiasmo nada frecuente de la crítica europea y sudamericana y la noticia de su prohibición en Perú, tierra de Vargas Llosa. El buen éxito de librería y de comentario también entre nosotros acompañó a *La ciudad y los perros*: como en España, al poco tiempo se agotó la edición.

Todo lo anterior hace justicia a una novela excepcional, una auténtica obra maestra. Ignoro hasta qué punto es justa la afirmación de Castellet; de cualquier modo, sobran las comparaciones en la presencia de una gran novela: cada lector va a comprobarlo, lo ha comprobado, en el diálogo silencioso con el libro —cuando no vale lo que pueda haberse dicho en ofensa o defensa de una obra de arte.

En un colegio de Lima, que funciona bajo reglas y disciplinas militares, conocemos la vida de un grupo de muchachos que han llegado allí —como siempre sucede—, para ser corregidos o endurecidos. Proviene de todos los sectores que causan el conflicto de la realidad peruana: la riqueza y la miseria, la capital, la costa y la sierra. En una división más radical son blancos y cholos, seres en una guerra perpetua, instrumentos del rencor o el desprecio. A esa irremediable discordia se suma la costumbre, el rito brutal de la novatada que exige la humillación de los más jóvenes (los "perros") y el desencadenamiento de la venganza. La disciplina engendra el desorden, o mejor dicho, un orden más cruel, más violento que la rigidez cuartelaria, una servidumbre sin grandeza y la eterna (y efímera) dominación de los más fuertes. Entonces, toda la maldad y la perversidad de que somos capaces medra en la noche de las cuadras.

Se establecen alianzas, dependencias, enconos. Y Vargas Llosa al ahondar en la vida de los cadetes nos da una imagen que trasciende la anécdota física de esta novela, para convertirse en una visión de su país y aun de los días del hombre sobre la tierra.

Un hecho sin importancia: el robo de un examen de química hace que hierva la descomposición. Las lealtades y las traiciones llevan a estos adolescentes por el camino del desastre. Con una intensidad y una maestría que en verdad gozan pocas novelas actuales, Vargas Llosa nos interna en un laberinto de relaciones culpables. Al lado de lo que sucede en el colegio, vemos lo que ocurre en las calles de Lima, cuan-

do los jóvenes abandonan por unas horas los muros del Leoncio Prado, y lo que ocurrió durante la infancia (los años decisivos) de cada uno. El Jaguar, Alberto, Ricardo Arana-El Esclavo, *viven* (es la palabra) ante nosotros gracias a un admirable poder de evocación que nos hunde en el curso del relato, nos obliga a seguirlo desde dentro, a compartir las furias y las penas. En medio del infierno, incontaminada, surge Teresa, y con ella una historia de amor que sólo se aclarará cuando se desaten todos los hilos que confluyen a urdir la apasionada trama de este libro.

De pronto, el áspero estallido de la muerte nos revelará algunos de los muchos sentidos que tiene esta novela —requisitoria contra el ejército, el inútil heroísmo, el mito de la adolescencia, *La ciudad y los perros* volverá a plantear la pregunta que nos hace toda literatura verdadera: ¿Quién es culpable, quién es inocente? ¿Somos cómplices o vícti-

objetiva que al monólogo interior, apto para registrar los matices de la ternura y la violencia o describir los interiores y el paisaje de sol o la niebla nocturna. Escritor "comprometido", Vargas Llosa sabe que tiene un deber para su tiempo, pero también hacia su oficio; toma conciencia de que una novela mal escrita no es una novela y se ha librado de caer en la noble trampa en que a menudo incurre la literatura militante, pues los objetivos inmediatos requieren géneros más directos: artículos, ensayos, manifiestos. Y cuántos libros de Hispanoamérica sacrificaron su validez literaria por los buenos propósitos que tampoco llegaron a cumplir.

Tal conciliación entre las ideas y el rigor estético puede advertirse claramente en *La ciudad y los perros* y en el magnífico libro de cuentos *Los monos de San Telmo*

lectura de una obra como *La ciudad y los perros*. Porque hasta en 1964 la auténtica novela (y qué pocos son los libros capaces de resistir estos dos términos) sigue siendo el espejo en que podemos conocernos y tiene la capacidad de enseñarnos a descifrar el mundo, a vivir o morir.

Quiero terminar este comentario marginal (ya Federico Alvarez hizo en estas mismas páginas una reseña lúcida de *La ciudad y los perros*) con el recuerdo de algunas ideas que Thoman Mann inscribe al final de *El artista y la sociedad*. Me parecen de algún modo cercanas a la obra extraordinaria de Vargas Llosa: El arte no se vuelve contra la vida, pues para su vivificación espiritual ha sido creado. Lleva a los hombres a una serenidad donde el odio y la estupidez se disuelven, una serenidad que libera y hermana. Es

MARIO VARGAS LLOSA,

EL SENTIDO Y RAZÓN DE LA NOVELA



mas del mal? Del mal que aliena en la naturaleza humana, en nuestra gloriosa y miserable condición.

La validez del libro no se detiene en los límites del testimonio o la "denuncia". Vargas Llosa cree que la literatura se enriquece con la sociología y la historia, pero no puede ser sólo eso. En última instancia, una novela es una construcción verbal, es forma, a la postre una verdad estética. La vida, la realidad que surgen de *La ciudad y los perros* se deben al poderío creador de Vargas Llosa, a la belleza y precisión de su lenguaje: capaz lo mismo de ceñirse a la narración

de un joven narrador nicaragüense: Lizandro Chávez Alfaro. Por esa y tantas otras razones tiene una enorme importancia la novela de Mario Vargas Llosa, camino abierto para las letras de nuestro continente y obra que renueva una tradición con la que antes se ha abastecido, y modifica la técnica narrativa sin que la novela deje de serlo para convertirse en poema en prosa o simple monólogo como a menudo ocurre con el *nouveau roman* francés. Vargas Llosa liquida un tópico puesto de moda hace cuarenta años y al uso todavía: la crisis del género novelístico, lugar común que se desvanece ante la

el último en hacerse ilusiones acerca de su influencia en el destino del hombre. Explica el mal, pero nunca ha podido evitar su victoria; atiende al significado de las cosas, mas no ha impedido las insensateces más sangrientas. No es ninguna potencia, es sólo un consuelo. Y sin embargo, juego de la seriedad más profunda, paradigma de todas las aspiraciones a la perfección, desde un principio ha sido dado como acompañante de la humanidad —y nunca podremos apartar de su inocencia, nuestra propia mirada velada por la culpa.

JOSE EMILIO PACHECO

* MARIO VARGAS LLOSA: *La ciudad y los perros*. Biblioteca Breve, 182. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1963. 343 pp.

artes
DE MEXICO

NUMERO
48

CINCO CIUDADES MAYAS

TEXTO DE
JORGE
OLVERA

\$ 40.00